

# El Discurso de Mamagela

¡Silencio!—gritó Foroso en medio de las boregas—la patrona va a hablar:

Y absortos, estupefactos, con ganas de reír y llorar a una, vieron adelantarse a doña Angela envuelta gallardamente en la bandera de la patria: Era un golpe teatral que con Foroso había preparado la patrona en el mayor misterio.

«Queridos amigos nuestros:—dijo con el rostro transfigurado y en las temblorosas diestra una copa de vermut, que, por su color, era, de los vinos del almacén, el que más se asemejaba al champaña—a todos les deseo salud y felicidad en este día dichoso en que festejamos la obra modesta, pero santa, de una familia honrada y trabajadora: Vamos a criar lindos carneritos para refinar las majadas, aumentar la lanita de las esquilas y llevar la prosperidad a todas las estaciones.»

Aplaudieron, y ella ya completamente dueña de sí, risueña, maleante, sin pizca de afectación, pero llena de un convencimiento que daba pie a la risa admirativa, no a la burla, continuó, subrayando las frases con grandes caídas de párpados y expresivos gestos:

«Si esto no es trabajar por el bien de la patria, que me emplumen... El pro-

greso de nuestro amado país pende del progreso de la campaña; hasta los niños de teta lo saben. La campaña, aunque no lo digan los doctores, es la vaca lechera de la nación. Si, señores: todos nos nutrimos de ella, desde el presidente de la República hasta el último ganchero. Y bien: mientras en las ciudades discursen y tragan viento o papán moscas, ocupémosnos nosotros en doblarle el vellón a las ovejas y el peso a las vacas: Voy a revelarles un secreto que no quiero llevarme a la tumba ni podirme con él: los rodeos o las majadas son las únicas cosas serias del país!»

Rieron; hubo algunos bravos; Mamagela, muy grave, dejó que pasaran las risas, y prosiguió.

«Los animalitos, que nosotros criamos con tanto amor, y que a veces los bárbaros, con divisa blanca o con divisa roja, sacrifican sin piedad, enriquecen y enseñan, si, señor, enseñan más cosas útiles que las escuelas mismas: Ciego de nacimiento y redondo como la O es el que no lo vea. Fijense bien en lo que voy a decir:

a nuestros ranchos no llegan, los libros, pero llegan los carneros de apretado vellón, y cuando llegan todo cambia, porque los cuidados prolijos que exigen, nos hace trabajar con mas empeño e inteligencia. Por eso, las estancias adelantadas me parecen a mi grandes escuelas donde los orientales aprende los que les hace falta. Ouédense allá los magnates comiendo la sopa boba, y déjennos tranquilos en nuestros ranchos trabajando para todos.

Acuérdense de lo que les dice una pobre mujer sin luces, sin letras—aquí entornó los ojos y sonrió con gran humildad,—pero a quien el libro de la vida ha enseñado a no confundir la puerta con la ventana: la grandeza del país

no saldrá de las Cámaras ni de las Universidades, sino de los galpones. Parece herejía y no lo es. en efecto, ¿qué vale más: un discurso de cuarenta horas o un carnero de cuarenta libras? Lo primero es puro viento, palabras embusteras que entran por un oído y salen por el otro; humo que va a las nubes y deja vacías las manos; lo segundo es labor, inteligencia, pan en la casa del pobre, abundancia en la casa del rico y conciencia tranquila en la casa de todos...

Que nos dejen trabajar en paz y en gracia de Dios es lo único que les pedimos a esos sabios fabricantes de guerras, contribuciones y leyes que sólo sirven para espantar los pájaros. ¡Viva el trabajo, viva la paz, viva la patria!

Este discurso, a pesar de sus cómicos asertos y del patriótico pergeño de la oradora, fué escuchado por el auditorio con grandes muestras de aprobación, quizá no tanto por lo que decía, y la manera de hacerlo. Como que por boca de doña Angela hablaban la experiencia incrédula y socarrona del paisano y el buen sentido rural. Las personas allí presente pensaban, en el fondo, como ella, y sentían que aquellas palabras mitad chuscas, mitad graves, no eran viento, sino entrañas vivas de Mamagela en acción, cosas vividas, y por eso, aun moviendo a risa, convencían y emocionaban.

Al concluir, la abrazaron y colmaron de felicitaciones...

De «FL. TERRUÑO»

Carlos Reyles.



¿Que vale más un discurso de 40 horas o un carnero de 50 £?